

los Libros | narrativa

por MARTA REBÓN

Lo que más recuerdo de mi visita al museo Yad Vashem (Jerusalén), antes de alcanzar el mirador situado al final del itinerario por donde penetra la luz, símbolo de esperanza y renacimiento, es la Sala de los Nombres, en cuyo centro hay un cono de 10 metros de altura recubierto con 600 retratos. Allí se guardan las Hojas de Testimonio, breves biografías de las víctimas identificadas. No están todos los que son, y por eso hay un gran vacío en los estantes.

«Nombrar, nombrar, siempre nombrar», escribió Charles Reznikoff en *Holocausto*, poema a partir de transcripciones de testimonios incluidos en causas judiciales relacionadas con los campos de concentración y exterminio. Si buscamos en la base de datos de Yad Vashem los nombres de los abuelos paternos del historiador y escritor Ivan Jablonka (París, 1973), Matès e Idesa, aparecen los años y el lugar de su nacimiento (Parczew, Polonia, 1909 y 1914, respectivamente) y un breve texto: durante la guerra estuvieron en Francia y, en marzo de 1943, fueron deportados del campo de internamiento de Drancy a Auschwitz-Birkenau en el transporte n.º 49. Antes del traslado, fueron interrogados. En la ficha que se conserva de ella, un dato: «C.O.H» (casa sin descendencia). En realidad, sus dos hijos, de corta edad, se quedan al cuidado de una pareja francesa.

«¿A partir de qué nivel de peligro alguien elige no llevar a sus hijos consigo hacia un destino desconocido?», se pregunta Jablonka. Los únicos rastros de Matès e Idesa son «algunas cartas y un pasaporte». Su hijo, el padre de Jablonka, separado de ellos demasiado pequeño, apenas conserva recuerdos. *Historia de los abuelos que no tuve* es la investigación

del nieto *–enquête*, dice el subtítulo original– efectuada en una veintena de archivos, con entrevistas a supervivientes y familiares dispersos por el mundo, con el fin de llenar el vacío de unas vidas en las que impacta la destrucción moral del siglo XX. «Concibo mi investigación como una biografía familiar; una obra de justicia y una prolongación de mi trabajo de historiador. Es un acto creador, lo contrario de un sumario criminal», concluye. Al fin y al cabo, su muerte es el fin de una vida, no un destino.

«La idea de que los hechos hablan por sí mismos es una mues-

–el «yo-testigo», el «yo de investigación» y «el contra-yo», que intenta anular los prejuicios y preferencias del investigador– para alcanzar un documento final honesto con el que entender la condición humana.

Como académico, Jablonka se ciñe a la verdad que descubre junto con el lector; con cada pista, pero como escritor, necesita ir más allá. Aun así, no hay engaño, como cuando imagina a Idesa, mientras cruza la frontera polaco-alemana, ver «desfilarse el paisaje por la ventana del tren, arropada en su abrigo, Idesa sueña, sonríe –yo la imagino sonriendo–». Esa pugna

es lo que eleva la narración a una emoción que es «la desesperación de la verdad».

Historia de los abuelos que no tuve demuestra que aún hay nuevas maneras de adentrarse en la noche del Holocausto. Visto el uso distorsionado de términos como «fascismo» o «desnazificación», así como la reescritura del pasado para usos nacionalistas, la obra de Jablonka es una herramienta intelectual contra el asalto espurio a la memoria. El recorrido europeo de Matès e Idesa –triplemente perseguidos por comunistas, polacos y judíos en su país

y, luego, en la Francia de Vichy– es munición ética para el hoy.

En uno de los pasajes más demoledores del libro, con la implicación que despliega el autor, es capaz de empatizar con el abuelo, presumiblemente seleccionado para integrar un *Sonderkommando*, y considerarlo «víctima absoluta», obligado a manipular los muertos de las cámaras de gas. Activista que puso en riesgo su vida, había soñado con la construcción de un futuro mejor; y ahora enviaba a esa generación futura a la boca del crematorio: «Intentar sobrevivir en el corazón de un genocidio, ¿no es acaso una manera de resistir? [...] Matès no participó en el mal, fue destruido por él».



IVAN JABLONKA
HISTORIA DE LOS ABUELOS QUE NO TUVE

Traducción de Agustina Blanco. Anagrama. 424 páginas. 21,90 euros. Ebook: 11,99 euros.

MIRADAS A EUROPA

“La historia tiene la virtud y el inconveniente de arrebatarnos del presente”, escribía Jablonka en ‘En camping-car’, donde combinaba un retrato de su infancia en los 80 con las huellas que dejó la II Guerra Mundial en Europa. Una Europa que en aquel texto se parece a un paraíso perdido y que, en el contexto actual, recuerda más a esa de los 40 que recrea en su nueva novela.

Transitando la espinosa frontera entre historia y literatura Ivan Jablonka se embarca en el viaje de novelar la historia de sus abuelos paternos, fallecidos en Auschwitz

Cuando los hechos no son suficientes

tra de pensamiento mágico», leemos en el ensayo de Jablonka escrito después de este título, *La historia es una literatura contemporánea* (FCE, 2016) –publicados en español en orden inverso–, una disertación teórica de su propuesta en la que llama a un acercamiento de la literatura y las ciencias sociales, una nueva síntesis necesaria dado que la historia no puede narrarse igual después de las guerras mundiales y los genocidios. En el resultado de esta forma contemporánea para contar lo real, el llamado «texto-investigación», el historiador verbaliza el método, evita la neutralidad formal por engañosa, expone su vinculación con el tema, visibiliza la tensión entre los tres «yo» en liza